

## mi padre julio j. casal

Desde antes que yo naciese, mi padre y yo estábamos confabulados. Me concibió desde una muerte oscura, terrible. Tú naciste porque yo quise que nacieras, me dijo él un día. Era cierto. Mi madre siempre en la nostalgia de una hija perdida, Pepita, llegó hasta avanzada gravidez sin sospechar nada, sin saber el secreto; cuando se dio cuenta, ya tarde, reaccionó. Había que vivir porque yo estaba ahí empujando. Mi padre y yo habíamos desafiado a los dioses.

Esto es casi imposible de tocar. Recuerdo, no recuerdo. Ningún amor fue como su amor. Lo veo niño, hombre, muerto. Como el más triste huérfano que jamás conocí.

Me apenaba, por eso en vez de hacerme cuentos, le pedía que me hablara de su madre. Tratábamos de recuperarla. Pero su madre había sido una madeja de oro puro que muy de prisa devanó la vida. Una sombra en un piano. ¿Cómo era? Solía repetir: *"yo no sé como era su semblante"* y de pronto *"ah! si aquí estás con tu óvalo de niebla, cierro los ojos para respirarte mejor"*. De la ausencia nacía su cantar, de esa sinceridad y sobre el mar de la poesía iba con velas sólidas impulsando su barco con brío.

Vivíamos en una límpida pobreza. Tuvimos esa suerte. En el desértico patio de la casa de Bartolito Mitre por el vitraux que ocupaba todo el lugar del techo entraba la luz transformada en ángel.

Convencida de que uno escribe para nadie, y que la incomunicación vigila seriamente cada uno de nuestros instantes ¿cómo es que nos lanzamos al recuerdo? ¿qué pretendemos salvar que ya no esté salvado? Más allá de nosotros mismos los cosmos y los genes, ruedan, estallan, juegan; en algún sitio se aquietan y na-

ce mos. Así fue todo. Mis vivencias corren por mi piel, excluyen lo intelectual. Escribo con mis huesos. Sobre sus cenizas me levanto como un claro cuchillo. Su voz asordina da se extrañaría. Hablábamos en secreto, hablábamos en poesía desde cuando yo todavía no tenía palabras. Fue desde la exaltación de la sangre y la imagen de los sueños que me llegué hasta él. Amé a mi padre. Complejo de Edipo dirán los siquiátras que todo lo esquematizan; pero la vida escapa siempre y detrás del complejo se esconde el misterio no resuelto de los sexos que tanto se estudia desde el punto de vista patológico, pero no del creador. La vida se resiste a ser plasmada en palabras y me recuerdo respirando una magnolia en un jardín confuso. La voz de mi padre lo inundaba todo y había vino y aromas, de noche yo caía siempre en forma inexorable hacia un vacío imposible de vencer. Todavía no sé. Era como volver al mundo, a esta tierra desde otro cielo que no me quería abandonar. Lo comprendió y echaba escalas para salvarme. De noche su mano y mi mano se detenían en aquel extraño vacío. Oh, cuánto lo amé, desesperada, obstinadamente en esa impronta de locura que signaría luego mi vida toda. Como amo ahora el mundo, desesperada, obstinadamente; nunca supe cómo hacer, nunca supe por qué. También suceden cosas así, hálitos, pesadillas, casas herrumbradas, sucede el olvido, y las mañanas y todo lo cotidiano sale como desde adentro de tazas.

¿Qué podría decir yo de mi padre, un poeta? Casi que tendría como en el sermón de Buda, que levantar una flor y quedarme en silencio. Recuerdo a John Keats cuando dice: *“Es que el poeta carece de identidad, es la menos poética de todas las criaturas”*.

¿Que podría decir yo, acá sólo sucede que existimos, respiramos, casi por eso que hace el riesgo y la casualidad, casualidad? que nos llamemos de determinada manera, seamos hijos de alguien. Es que difícil hablar desde el amor porque el amor está rodeado de silencio. El mundo tiene ventanas profundas. Rozamos nuestras vidas y nos sabemos padres, hermanos, amantes, pero es tan breve, tan solo, tan incomunicable.

Hay algo en la familia que cerca y empalaga, sufrimos sus bondades, somos una larga infancia, si no son los padres, las ins-

tituciones dan cuenta de nosotros, estamos constantemente pagando tributo en el oleaje de las generaciones y viene a mi mente el grito del gran poeta Maiacosky *“para que la familia desde hoy cambie y el padre sea por lo menos el Universo y la madre sea por lo menos la Tierra”*.

Pero yo hablo acá de mi padre —extraña paradoja— el hado quiso que fuese mi padre, me separo de él para comulgar más profundamente en él, en la humanidad.

No abordaré la obra de Julio J. Casal. Se habla de la apreciación total de la obra de un poeta y se olvida que cada libro está compuesto de poemas y sólo algunos implican actos poéticos y otros no y esa es la verdad de todo poeta, de ahí que *“el poeta en su poema”* al decir del crítico argentino Angel J. Battistessa.

Aunque bien es cierto que sólo se conoce aquello que se ama, me resisto a creer que lo conocí totalmente, toda alma es impenetrable, luminosa luz oscura que se nos escapa y oculta aún en la mayor intimidad; en cada ser hay un fondo que sólo Dios toca. Sólo nos valemos de hipótesis y metáforas para tentar lo desconocido.

Su bondad no tenía límites, aunque bien sabía que por el hecho de existir causamos daño, un daño extraño y silencioso, tal vez por ocupar un lugar que sólo deben ocupar los ángeles.

Mucho se habló de la bondad de Julio J. Casal y no siempre se le interpretó con justicia; yo recorro a sus propias palabras: *“Ah, los días de lluvia aprovechando la ausencia de mi padre en el negocio corríamos descalzos por el patio fue así jugando a nuestro lado que mi madre se enfermó. En esa hora terminó nuestra niñez. Cuando se llevaron a mi madre se fue también nuestra infancia. Yo tenía 11 años. Por aquel entonces prometí ser bueno”*. Y continúa diciendo: *“Yo sí que soy el hombre que no tuvo historia. Se podrá decir de mí, nació, escribió, murió, aunque eso de morir lo veremos. Tal vez yo sea el único poeta humilde de mi tierra. Aquí todos se creen dioses aun los que nunca supieron lo que es poesía. Soy un hombre que ha sido siempre sincero, que nunca cantó para que lo oyeran”*. Leo sus recuerdos: *“Cuando llegué a España, Barradas nuestro Pintor ya en la eternidad, su-*

fría la incomprensión de los suyos. Yo desde mi revista empecé a allanarle el camino despejando, en la medida de mis medios, su terrible situación económica. Llegó a ser el triunfador en el ambiente artístico de Madrid. Sí, pero él hizo más por mí, que yo por él, si yo recogía sus vibraciones era por ser de mi agrado, si yo lo impuse fue porque yo imponía lo que a mí me emocionaba, lo que está dentro de mi espíritu. El fue bueno". (1)

Entonces pienso qué solo está el poeta, en la vida y en la muerte, ¿qué podemos ahora darle nosotros si el desamparo rodea siempre la existencia? El corazón del poeta, como el viento indeciso, no tiene donde detenerse. Yo no viví su España de la cual dijo un día: "mi madre me habrá dado la memoria pero España me dio el barco para andar por ella". Mis hermanos Julio, Marynés y Rafael, sí, esa tierra donde conociera y viviera profundas amistades como Federico García Lorca, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre entre otros; conocí y viví este Montevideo; en el Museo Blanes, donde trabajaba y a donde, a veces iba yo con él, la vida parecía detenerse con una luz propia, y cuando una tarde el pintor Pesce Castro le hiciera un retrato lleno de violeta y ocre, casi como recitando aquel su poema que él amara tanto: "Y se nos va la vida y aún estás en mi sueño luz celeste lejana de domingo". Enfrente al Museo, la casa de Clemente Estable, recuerdo que cruzábamos y mientras ellos conversaban, yo observaba los pequeños animales objeto de estudio, hirsutos, maravillosos, casi tan desamparados como nosotros. Mi padre había renunciado al cargo de cónsul por volver a su patria; pero muy poco tiempo después fue destituido por la dictadura de Terra. Siempre se tuvo por peligroso el pensar. Lo sé. Mas pensamiento, poesía y diálogo son las únicas posibilidades reales de la existencia. Lo demás es juego, estrategia, malabarismos más o menos importantes más o menos ingeniosos, pero nada más. Julio J. Casal sentía la poesía como una religión, la practicaba diariamente, a cada momento. Así nos dice:

(1) "Esbozo de una autobiografía" - Archivo Julio J. Casal. Instituto de Investigaciones Literarias. Biblioteca Nacional. Carta de Barradas, reproducida en el apéndice.

"Mi deseo es ir por la disciplina, por lo ardiente de la disciplina y alcanzar ese sentido sobrio, esa técnica emocional que nacen de lo español.

No aspiro a la perfección fría, quiero desde luego lo logrado, pero si lleva dentro la salud de lo incorrecto lírico, el pudor de la emoción, o lo que es lo mismo, el milagro. Trato de llevar mi espíritu por secretos de luz, por climas de candor. Es así que puedo moverlo desde un aire imaginativo tratando de rodearlo con un verdadero mundo poético. La poesía no es solamente soñar, es lo que decimos recordando el sueño. O no lo decimos. En mis versos me ha obsesionado la idea de quemar todo lo que no es imagen. La poesía no es lo recreativo ni la anécdota, para soñar con águilas y vírgenes hay que entrar en el paisaje sin disfraz. No es la aventura lo que ha de quedar sino lo que se crea. La poesía es aquello que vemos por la última vez con ojos inocentes al primer encuentro. Es no estar encadenado a la tierra y dar vida a la tierra. Ir en verdadero ser heroico y no con máscara de héroe".

Estábamos sumidos en su voz como la planta en su tierra, decía a veces en voz alta sus poemas, nosotros los recogíamos en nuestras horas, en nuestros juegos. Amaba la penumbra, las tardes de lluvia, las manzanas, todo lo comprendía, lo justificaba, y quizá por aquello de Heráclito: "para los dioses todo es justo y bueno" y pocos hombres lo ven. Aún recuerdo su voz cuando decía:

Poemas  
xiii

lote mar  
monótono  
- de peces y de onlla siempre-  
ya no es aquel.

lo otro mar,  
uno distinto...

El ventajoso mar fue mío y te lo di  
tu mano era de viento y se perdió.

1948. Julio J. Casal

Fuimos libres a su lado en nuestras tendencias, inclinaciones. En mi casa no había reglas ni horarios, se vivía conforme a la espontánea gracia de los días, en el respeto que se tenía por la originalidad de cada uno de nosotros, en esa única, verdadera forma de existir, en la creatividad. Por eso comprendió mi resistencia a las reglas escolares y cuando un día una maestra lo llamó para decirle que yo era distraída y desprolija, contestó sonriente: "Cuánto me alegro, tenía que ser así!". Teníamos libertad para vagar por el cielo, nuestro patio, con nuestra imaginación estábamos siempre en bosques, en inmensas colinas. Así aprendí a ser invisible. Es que en mi casa había una niña muerta en un reloj, los días tenían rostros extasiados, las noches se tachonaban de rumores. Julio J. Casal no se apoderó de nosotros, no nos exigió nada.

Más que hechos y anécdotas puedo decirles que nuestras vidas eran como un gran río, un fluir armonioso, que nos vestía y alimentaba como cualquier padre sin pensar jamás qué pasaría mañana, "nuestra vida es de milagro", solía decirnos. Y así era. Nada en él era estridente. La violencia quedaba a la puerta de mi casa. Mi padre entraba como un mago, un alquimista, que había transfigurado la angustia en dulzura para nosotros, ocultando a nuestros ojos, la lucha, el afán de sus días, aquella "hiedra oscura que al muro de su sien ya iba llegando". Así, en esa lucha, en ese pudor interior, nacía Alfar.

Alfar era un personaje en nuestras vidas, un hermano mayor. Lo componía con amor, dedicación y tiempo. Un día llegaba con la revista entre las manos y la colocaba sobre el escritorio. Todos nos acercábamos. Guardábamos silencio. Era indudablemente el número mejor. Y el próximo sería mejor todavía. Así fue que la etapa española recogió la emoción de esa tierra pero la segunda, la realizada en su patria, fue quizá más honda y abarcadora.

Aparecía Alfar con tremendos sacrificios y le daba inmensas alegrías. Era el promotor de sus avisos, intervenía en su diagramación y armado. Muchas veces nos decía: "ustedes no pueden darse cuenta el esfuerzo tremendo que esto significa para mí sin sub-

vención oficial, sin apoyo de ninguna naturaleza". No recorrió los ministerios de la sabiduría, no claudicó, eligió la pobreza. Alfar aparecía, en consecuencia en forma irregular pero constante. Era su propia vida, por eso, cuando murió, mi madre y mis hermanos no quisimos, por delicadeza, continuarla. Alfar era su militancia, su manera de estar en este mundo, para afirmar, desde sus páginas, que no hay más realidad que el espíritu ni otra patria que la vida (2).

Otoño

Otoño, me vas dando  
tu mar dorado. Voy  
por el acorde de tu agua  
con mis señales últimas  
de tierra, en tus cristales.

Tú y yo. El mundo.  
No sé si es de mi mar o de tus ojos  
que se derrama el verdadero llanto.

Julio J. Casal

Sabía Julio J. Casal bien lo que era poesía y lo que no lo era, mas prefería callar estimulando desde su silencio. Es que su corazón estaba siempre abierto, por eso su hospitalidad era constante, quizá porque en él vivía aquella frase bíblica: "no os olvidéis de la hospitalidad porque por ella algunos sin saberlo hospedaron ángeles". Sonreía, sabía, serenamente, sintiendo que el tiempo

(2) "Así nació Alfar" reproducido en el apéndice.

pondría definitivamente las cosas en su lugar y la muerte, maravillosa obrera de la verdad, barrería palabras y hombres fatuos; así dijo en el Propósito de la EXPOSICION DE LA POESIA URUGUAYA: "hay en este libro, poesía, con gran seguridad poca, y versos, con no menos seguridad, muchos" (3). Es que su sentido crítico sabía que no tiene la culpa el mar de la poesía de que, a veces, naveguen malos aprendices impulsando embarcaciones ridículas y que el arte que brilla en los cromos de las exposiciones académicas está destinado a no perdurar.

Una vez, siendo niña, abrazándole ferozmente le pedí a mi padre que no muriera jamás. Sólo te pido eso, le dije. "No puedo prometértelo" contestó. "Algún día comprenderás". Mi obsesión por perderle no tenía fin. Supe después que es falsa la muerte que nos han enseñado, que vivimos y estamos en lo invisible. Quizá en esa circunstancia nació el poema que le leí una tarde y dice así:

*Escúchame no temas  
ya hemos muerto  
ha pasado la verde  
fragancia de los años  
pero mi infancia  
duerme aún en tu mano  
no debí salir de ella  
fue un éxtasis de rondas  
en la noche  
la hace crecer el tiempo  
y yo era pequeña  
entrando por tus dedos  
en las fugaces venas  
conducida en tu sangre  
hacia los rostros sin forma  
que murieron para nosotros  
tu mano aún me sostiene  
no importa si hemos muerto*

(3) Véase en el apéndice la reproducción facsimilar del "Propósito" de la EXPOSICION DE LA POESIA URUGUAYA.

*antes después las cosas  
los ríos de tu amor  
me han llevado tan lejos  
hundida en un recuerdo  
que sólo vive cuando sueño  
me han llevado tan lejos  
que yo ya soy eterna  
sé que estamos muertos  
porque el tiempo no importa.*

Es que entonces yo apenas sonreía para él y pensaba que las calles le desgastaban tanto como a sus zapatos y que un día sólo nos llegaría en un soplo de humo su corazón vacío: "Acá está mi corazón", escribió un día, "míralo, tócalo, no dice nada pero te está hablando". Tal lo que encontré escrito días después de su muerte en el bolsillo de su saco. Conmovida, guardé el mensaje como una permanente comunicación.

*selva casal*